

Hidalgo y la de principios de siglo con José Carnero, de dejarse seducir por las vanguardias a instancias de José Antonio Álvarez y de ponerse al día en novela contemporánea y en las últimas novedades con el consejo de Fernando Galván, sin duda alguna hasta el más experto desea volver a ser alumno.

M. ROSARIO MARTÍN RUANO

AA. VV. *Antichisti dell'Università di Varsavia nel Novecento*. A cura di IZA BIĘŻUŃSKA-MAŁOWIST. Traduzione italiana curata da Leszek Kazama e Paolo Gesumunno (pp. 87-110). Nápoles, Jovenes Editore, 1992, XII + 214 pp. + 14 láminas b/n.

Publicado con ocasión de la investidura del profesor de Derecho romano Luigi Labruna como doctor *honoris causa* en 1992 por la Universidad de Varsovia, versión italiana de *W kręgu wielkich humanistów. Kultura antyczna w Uniwersytecie Warszawskim po I wojnie światowej* [Entre los grandes humanistas. La cultural antigua en la Universidad de Varsovia tras la I Guerra Mundial] (Varsovia, 1991), este libro ofrece los perfiles de catorce filólogos clásicos *lato sensu* que enseñaron en la Universidad

de Varsovia (UV), obra de dignos discípulos suyos de las Universidades de Varsovia, Cracovia y Wrocław.

En el capítulo introductorio, «La tradizione degli studi di antichistica dell'Università di Varsavia» (pp. 1-6), I. Bieźuńska-Małowist expone el origen de la idea de recopilar biografías de los estudios de la antigüedad clásica ya fallecidos que enseñaron en la UV durante la II República Polaca (1918-1939) y después de la Guerra, en momentos florecientes para la humanidad polacas a pesar de las dificultades materiales; todas las *Altertumswissenschaften*, salvo el Derecho romano, se impartían en la Facultad de Humanidades, con una integración completa y natural, y en ese ambiente admirable descollaron maestros innovadores en la metodología de la investigación, que se apoyaban en ciencias antes consideradas auxiliares.

W. Wołodkiewicz escribe (pp. 7-15) sobre el severo profesor de Derecho romano Ignacy Koschembahr-Lyskowski (1864-1945), que enseñó en las Universidades de Lwów, Friburgo de Suiza y Varsovia, donde también fue rector; además de dedicarse a la historia y la crítica del Derecho romano, en polémica con la escuela alemana, se ocupó de Derecho comparado y contemporáneo.

H. Kupiszewski es autor del capítulo sobre Rafał Taubenschlag (1881-1958) (pp. 17-33), del que fue asistente durante años. Después de estudiar en Cracovia y Lepsique, Taubenschlag enseñó en la Cracovia todavía austríaca



y luego ya polaca hasta la ocupación alemana, en que huyó a Francia y a estados Unidos. Hasta 1918 se dedicó al Derecho romano y helenístico, y después al Derecho polaco y lituano; en Nueva York publicó el primer volumen de *The Law of Greco-Roman Egypt in the Light of the Papyri* (1944), siguiendo los pasos de su maestro L. Mitteis; la papirología jurídica ocuparía primordialmente el resto de su vida: en 1947 volvió a Polonia y se incorporó a la UV, donde en 1950 fundó el Instituto de Papirología, centro de estudios y de ediciones, por ejemplo, del prestigioso *Journal of Juristic Papyrology*, fundado en EE.UU. en 1946. Además, aunque sólo enseñó Derecho romano tres años, sus obras sobre Derecho privado se convirtieron en clásicas.

M. Plezia escribe el estudio (pp. 35-49) sobre Tadeusz Stefan Zieliński (1859-1944), cuya infancia transcurrió en un ambiente plurilingüe en San Petersburgo, pero bien consciente de su polonidad. Con los estudios en un *Gymnasium* comienza su «período alemán», continuado en las Universidades de Lipsique, Munich, Viena, así como en Italia y Grecia; comenzó a enseñar en San Petersburgo en 1882, pero para doctorarse debió acudir a Tartu (universidad estatal rusa, pero de lengua alemana); de esos años provienen sus estudios sobre la comedia ática. Desde entonces su *cursus honorum* universitario marchó expedito hasta llegar a decano. Sus clases atraían a muchísimos estudiantes, tanto rusos como

polacos. De sus años petersburgueses él mismo destacaba su *Cicero im Wandel der Jahrhunderte* (a Cicerón dedicó otros estudios, en especial sobre sus cláusulas rítmicas), y su traducción al ruso de todo Sófocles. Aunque estaba en contacto editorial con la filología clásica polaca desde fines del siglo XIX, no se incorporó plenamente a la vida cultural de Polonia hasta después de la independencia, cuando en 1920 llegó a Varsovia como profesor; desde entonces publicó traducciones de sus obras precedentes y nuevos escritos, entre los cuales *Tradgodumenon liri tres* y *Religie świata antycznego* (*Religiones del mundo antiguo*) en seis volúmenes. Sus cinco últimos años los pasó con su hijo en Alemania, donde murió. Zieliński, gran hombre de trágica existencia, estaba dotado por igual para hacer grandes síntesis e investigaciones de gran minuciosidad.

El perfil biográfico del latinista Gustaw Przychocki (1884-1947) lo esboza su discípula L. Winniczuk (pp. 51-62): estudió en el liceo clásico de Nowy Sącz y en Cracovia, donde se doctoró en filología clásica y enseñó en instituto. Estudió, con una beca de la Academia de Ciencias, las epístolas griegas de San Gregorio de Nazianzo, cuya historia apareció póstumamente; aunque destacan más sus estudios sobre los elegíacos latinos, Ovidio y Plauto, cuyas comedias tradujo. Pero lo más interesante de este capítulo son las observaciones y recuerdos de la autora sobre Przychocki como profesor universitario, fundador



del seminario de filología clásica de la UV, y sus relaciones con sus discípulos. Narra después las penalidades tras su traslado a la Universidad de Cracovia, durante la ocupación nazi.

A Adam Krokiewicz (1890-1976), otro de los fundadores de la «escuela filológica de Varsovia», dedica su capítulo (pp. 63-70) M. Pałcińska. Autor de un libro sobre Sócrates –«cuya obra más importante fue su vida»–, a quien se asemejaba en carácter, traductor de Aristóteles y Plotino –enorme contribución a la formación del lenguaje filosófico polaco–, durante la ocupación nazi organizador de la universidad clandestina y de la benemérita Fundación cultural «Mianowski», preso en campos de concentración, tras la Guerra continuó su labor en Cracovia y en Varsovia, no sin problemas con las nuevas autoridades. Sus obras más importantes tratan de filosofía; tradujo y escribió sobre Lucrecio, Epicuro, Demócrito, los escépticos, los estoicos, el orfismo, y tratados generales de filosofía griega.

Del filólogo varsoviano Aleksander Turyn (1900-1981) se ocupa M. Plezia (pp. 71-79). En su ciudad natal estudió en el liceo clásico –hasta 1915 ruso, luego polaco–, pasó a la UV, cuyo único profesor clásico era entonces Pzrychocki, aunque más tarde, siguiendo su vocación de helenista, se aproximó más a Zieliński. Empezó a publicar sobre métrica, pero pronto pasó a los manuscritos griegos conservados en Polonia. Después de

doctorarse estudió en Berlín y en 1929 empezó a enseñar en la UV. Su edición de Píndaro salió ya refugiado en EE.UU., entre Nueva York y Cracovia (1944-48), tras muchos avatares. Además, en sus años varsovianos había publicado estudios sobre literatura griega, especialmente Safo. Enseñó en Ann Arbor, Nueva York y Urbana, desde donde seguía la evolución de la filología clásica en Polonia, regresando a Europa para sus estudios codicológicos sobre los trágicos y los manuscritos griegos de los siglos XIII y XIV.

L. Rychlewska escribe (pp. 82-86) sobre su maestro Władysław Strzelecki (1905-1965). Nacido en Lwów, se inclinó a los estudios latinos en la UV. Profesor de enseñanza media ya desde antes de terminar la carrera, lo atraían la tragedia y la lexicografía latinas: sus trabajos fundamentales versan sobre Nonio y Verrio Flaco, la métrica y reconstrucción de la tragedia y épica arcaicas. De 1934 a la Guerra enseñó en la UV; desde 1946 enseñaría en Wrocław, donde se encargó de la Cátedra de Literatura Latina, y de la dirección del departamento; y en Cracovia fue decano y catedrático.

En un capítulo más amplio (pp. 87-110), J. Axer diserta sobre la figura dominante de la filología clásica de la postguerra polaca: Kazimierz Kumaniński (1905-1977). A pesar de no ser adepto al nuevo régimen, tras el Octubre Polaco (1956) pudo reanudar contacto con Europa e intentar garantizar una situación favorable a los estudios clásicos. Formado como



helenista en Cracovia, en Varsovia debió transformarse en latinista; comenzó con estudios sobre Horacio, Virgilio, los humanistas neolatinos, y culminó con su libro sobre Cicerón –intelectual liberal en un sistema totalitario–, escrito en respuesta al anticiceronianismo de J. Carcopino; también editó *De Oratore*. Como investigador combinaba la busca de respuestas a su ansia moral y a la inquietud circundante y una técnica impregnada de temperamento artístico. Su autoridad internacional se debía, aparte del talento científico, a la feliz coincidencia de la apertura a Occidente. Axer se detiene en su elocuencia latina, sus proyectos de «memorias» de Horacio, Augusto, César, y su labor como editor de textos neolatinos. Aunque soldado de la resistencia polaca y profesor de la universidad clandestina, nunca se centró en el arte de la guerra de la antigüedad; no obstante, tradujo a Tucídides.

Sobre Jerzy Manteuffel (1900-1954) escribe A. Świderek (pp. 111-119). Se licenció en Varsovia sobre comedia nueva, y en Berlín se inició en la papirología. En 1930 se doctoró con una edición de textos pariráceos, óstracos y piedras, y comenzó su carrera docente en Varsovia. Consiguió una colección de papiros para la UV, que luego editó. Enseñó después en Lublin y Lwów, y participó como papirologo en las expediciones arqueológicas polaco-francesas de Egipto. Tras la Guerra retornó a la enseñanza en la nueva Cátedra de Papirología, y

en Wrocław. Con la vuelta a Polonia de R. Taubenschlag, ambos colaboraron en el *Journal of Juristic Papyrology*. Como vicepresidente de la Sociedad Filológica Polaca logró su vuelta a la normalidad y su participación en la fundación de la FIEC.

El historiador Tadeusz Wałek-Czernecki (1889-1949), al que se refiere Wł. Lengauer (pp. 121-139), estudió en Cracovia y Berlín –bajo la influencia de E. Meyer– y enseñó en Varsovia. Ya su tesis sobre historia griega del siglo III a. C. fue polémica. Estudió también en París, excavó en Egipto (organizó las primeras excavaciones polaco-francesas), visitó Grecia. Destacan su monumental *Historia de Grecia*, segundo volumen de una historia universal, leído y estudiado durante generaciones, y su excepcional *Historia económica del mundo antiguo (I. Oriente, II. Grecia y Roma)*, de 1948.

I. Biezuńska-Małowist dedica al malogrado Zdzisław Zmigryder-Konopka (1897-1939) un breve capítulo (pp. 141-155). Superó brillantemente el bachillerato, siguió con irregularidad –por causa de su carrera militar– estudios en la UV; desde 1922 fue profesor de bachillerato, y desde 1928 enseñó en la UV. Empezó a publicar, en particular sobre el ordenamiento público romano, con una aproximación a la historia a la vez intelectual y emotiva. Por su capacidad de adaptación al auditorio frecuentaban su *proseminar* estudiantes de historia, filología clásica, derecho... además de *dilettanti*.



A. Sadurska se pregunta (pp. 157-167) por los motivos del prestigio personal y científico de su maestro, el arqueólogo clásico y orientalista Kazimierz Michałowiski (1901-1981). La respuesta: su inteligencia extraordinaria, con una pequeña reserva de irracionalidad espiritual. Formado en la Universidad de Lwów, fue también autoridad en la UV y en la Academia de Ciencias. Como el arte antiguo había caído en desgracia tras la Guerra, hubo de adaptarse a las circunstancias; después de 1956, sin embargo, reanudó contacto con los estudios extranjeros, y gracias a sus relaciones internacionales, excavó en Egipto, Siria, Sudán, Iraq, Chipre... Fundó la Cátedra de Arqueología Mediterránea de la UV (que dirigió 50 años), el Instituto de Arqueología Mediterránea de la Academia de Ciencias, la Sociedad Internacional de Estudios Nubios y el Centro de Arqueología Mediterránea de la UV en El Cairo. Gracias a su actividad el Museo Nacional abrió dos nuevas salas.

L. Press y J. Kolendo escriben (pp. 169-186) sobre otro gran arqueólogo, Kazimierz Majewski (1903-1981). Fascinado ya desde estudiante por la cultura grecorromana, especialmente de la Grecia del III y II milenios a. C., se doctoró en Lwów sobre este tema. Tras la Guerra ganó la Cátedra de Historia Antigua en Wrocław, donde fundó la Sociedad Arqueológica Polaca, con su anuario *Archeologia*. Investigó sobre todo los hallazgos romanos en las tierras polacas y los contactos del Imperio romano con

Europa Central, superando la polémica entre romanófilos y antirromanos y destacando los «centros de distribución». A Varsovia se trasladó en 1952, para dirigir el Seminario de Arqueología Clásica de la UCV y el Instituto de Historia de la Cultura Material de la Academia de Ciencias, fundado por él. Logró introducir a sus estudiantes en la arqueología con excavaciones en las colonias del Mar Negro ('50) y en el *limes* ('60), sobre todo en Nouae (Bulgaria).

D. Dembińska-Siury justifica la presencia del filósofo, historiador del arte, estético Władysław Tatarkiewicz (1886-1980) en el libro (pp. 187-199) por ser una figura memorable en el ambiente entusiástico de la UV renovada, un gran humanista amante de la verdad, buscador de la bondad y la belleza, que tuvo en el mundo antiguo su punto de partida y de referencia. Estudió en la UV, Zurich, Berlín, Marburgo, donde se licenció sobre la filosofía de Aristóteles. Continuó en Lwów y París, y en 1913 volvió a Varsovia. Dedicado al arte y a la filosofía, que enseñó desde 1915 en la UV; después de la I Guerra Mundial pasó a Vilnius, luego a Poznan, donde enseñó historia del arte, y en 1923 volvió a la UV –vetado por el régimen de 1949 a 1956–, a la que representó en numerosos foros internacionales. Son memorales sus *Historia de la filosofía, de la felicidad e Historia de la estética*.

J. Kolendo completa y recapitula el libro con «Singoli docenti e generazioni di studiosi: la comunità degli



antichisti di Varsavia» (pp. 201-212), sobre filólogos sin capítulo propio. Los tres primeros docentes de la UV en 1915 fueron Ryszard Ganszyniec (1888-1958), formado en Alemania, profesor de griego de 1915 a 1917; Michał Rowiński (1860-1925), que estudió en la Universidad Imperial de Varsovia –rusa–, profesor de latín; Michał Kreczmar (1881-1939), primer profesor de historia antigua, formado en Varsovia, Munich y Moscú, y renovador de la disciplina. Stefan Cybulski (1858-1937), gran divulgador de la antigüedad, especialmente con sus tablas didácticas, sus cursos universitarios y sus escritos científico-didácticos. Kazimierz Zakrzewski (1900-1941), catedrático de historia bizantina que escribió, sobre todo, de las causas de la decadencia del mundo antiguo. Władysław Witwitcki (1873-1948), aunque profesor de psicología, se destacó por sus traducciones de Platón. Stefan Czarnowski (1879-1937), catedrático de historia de la cultura y, aunque celtista, se ocupó sobre todo de la antigüedad clásica.

Pueden considerarse dos generaciones de estudiosos: los que estudiaron en otros centros y llegaron a la UV reconstituida después de 1915 –sólo indirectamente sucesora de la Universidad Real (1816-1831) y de la Escuela General (1862-1869)–, y los que estudiaron ya en centros de la Polonia independiente después de la I Guerra Mundial, más los que se licenciaron en la UV tras 1945. Como profesores, unos provenían de otras universidades

–Lwów y Cracovia sobre todo–, otros de centros de enseñanza media varsovianos. Después de ser un centro vivo, activo en los estudios de la antigüedad clásica, la II Guerra Mundial obligó a comenzar de nuevo –muchos profesores habían muerto, otros, refugiados, no volvieron del extranjero–, pero los que quedaron lograron continuar la tradición y alcanzar el excelente nivel actual.

El libro coordinado por I. Biezuńska-Małowist proporciona utilísima información sobre la filología clásica polaca contemporánea, con sus dos capítulos introductorio y conclusivo y con los perfiles de esos catorce humanistas del siglo XX –cuyos retratos se nos dan en ilustraciones fotográficas aparte–, completados además por útiles notas bibliográficas sobre los autores o de sus obras al final de cada capítulo. Es un eficaz instrumento para conocer parte de la historia de la filología clásica de Europa Central.

F. J. JUEZ GÁLVEZ

IBO ALFARO LAFUENTE, MANUEL, *La flor de Marruecos*. Edición y estudio de Julián Bravo Vega, Navarra, EUNSA, 1998, Anejos de RILCE, n.º 22.

Manuel Ibo Alfaro (1828-1885) es uno de esos curiosos escritores